



“Regresar”
Dominique Ané
ALPHA DECAY

Cuando arranca “Regresar”, Dominique Ané, más conocido como Dominique A, el cantautor francés, tiene 11 años y está empapado. Tres años antes, su familia vivía a tres kilómetros de la ciudad. La ciudad en cuestión es Provins, y es una ciudad amurallada que Dominique compadece, como se compadece a sí mismo por haber tenido que recorrer sus calles. Dominique también compadece a su madre, parisina, que tuvo que acostumbrarse a vivir “oprimida por la montaña”. Provins es una ciudad triste, pequeña, una ciudad que vive absorba en su pasado y que está rodeada de desierto, de una llanura yerma que impide pensar en el futuro, porque no hay futuro cuando se está rodeado de Nada, con mayúscula. Es por eso que al pequeño Dominique le gustan las series de televisión que transcurren en “tiempos pasados”, porque todo lo que le rodea es pasado y allí, en ese pasado, se siente seguro. Recuento de las cicatrices que el lugar en el que pasamos la infancia y la adolescencia nos produce, el primer artefacto de ficción (autobiográfica) del cantautor, explora todos los rincones de esa ciudad de lo inmutable, la ciudad de la mermelada de rosas y del lanzamiento de halcones al pie de las murallas en la que el músico creció a la que siempre regresa, con la sensación de que ella le debe más de lo que él jamás le deberá. Construye Dominique A una especie de doloroso fresco de época en el que, a brochazos, hace aparecer al niño (confusamente triste) que fue. **Laura Fernández**



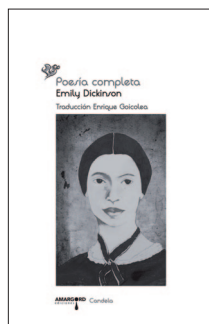
“Di su nombre”
Francisco Goldman
SEXTO PISO

Chico conoce chica. Mejor dicho, señor conoce chica. Se enamoran, se casan (en México, con la presencia de un burrito cargado con botellas de tequila). Y así hasta que el señor pierde a la chica, tras sólo cuatro años de amor y de la manera más absurda, con ella tragada y partida por una ola en un accidente de bodysurfing en el Pacífico. En esa muerte está el sólido y duro centro de “Di su nombre”, el libro que el escritor estadounidense de origen guatemalteco Francisco Goldman dedica a su esposa muerta, la también incipiente escritora Aura Estrada, fallecida en 2006 (sí, en un accidente de bodysurfing) a los 30 años de edad. Goldman, que le llevaba dos décadas a su mujer, llama a este libro (bellísimo, desgarrador) una novela, quizá porque le resulta menos duro que llamarlo “hechos”. Lo es en el sentido de que también puede serlo “El año del pensamiento mágico”, de Joan Didion (Mondadori, 2012). Como en este título, y en su apéndice, “Noches azules” (Mondadori, 2012), aquí hay una mezcla de reporterismo –Goldman ha ejercido durante décadas de corresponsal en Centroamérica–, indagando en la vida y muerte de Aura, memoria y luto semi-místico ya que el autor expone su descenso a la tristeza infinita, sin ocultar sus errores, como cuando se acuesta o coquetea con algunas de las amigas de Aura. A la que, al llegar al final, lloramos como si la hubiésemos conocido. **Begoña Gómez**



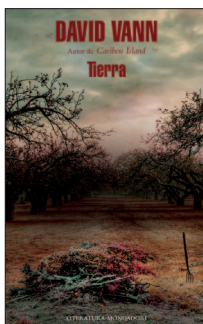
“Hijos de la luz”
Robert Stone
LIBROS DEL SILENCIO

Alcohólico, cocainómano y a la deriva: Gordon Walker es un entrañable estereotipo de la narrativa norteamericana contemporánea que despierta dilección y simpatía; un anzueto infalible que caza al lector desde las primeras páginas del libro. A través de él, Stone se ensaña destacando las debilidades de los personajes que le rodean, los profesionales de un Hollywood en decadencia, que sobrevive a la sombra que proyecta su propio pasado. “Hijos de la luz” relata el diario de viaje de un apurado guionista (Walker) hacia el set de rodaje donde se filma su propio guion, que protagoniza su ex-amante (Lee Verger): dos razones de peso para descender en picado desde el sur de California hasta México. Su autor pone de bandeja los diferentes puntos de vista de una galería de personajes que se repelen y los enfrenta en un clímax que estalla creando situaciones estrambóticas, ejerciendo una sátira de esa sociedad, a menudo en descomposición, que era el mundillo del cine en su aciaga etapa post-Golden Age. Del nihilismo que por momentos transpira la novela, se vislumbra un leve posicionamiento en la narrativa Beat que tiene su justificación en una fugaz amistad que unió a Stone con el trío Keruac-Ginsberg-Cassidy, tal y como plasmaría en su autobiografía: “Prime Green: remembering the sixties”. Muy grato es que Libros del Silencio haya apostado por una tercera publicación de Stone. Pero si hubiese una cuarta, debería ser “Outerbridge reach”. **Matías Bosch**



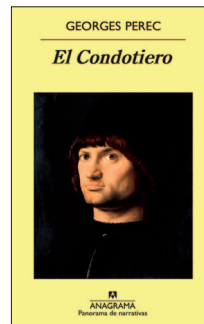
“Poesía completa”
Emily Dickinson
AMARGORD

Este es el año de ‘Las completas’ (y ese ‘Las’, se refiere tanto a ‘ediciones’ como a ‘ellas’). Parece que las editoriales se hayan decidido a recopilar a muchas de las grandes musas de la literatura en lo que son también grandes volúmenes, para que así por fin las tengamos con nosotros por completo. Primero la Prosa completa de Anna Ajmátova, luego la Poesía completa de Anne Sexton y ahora la Poesía completa, también, de quien es el verdadero icono de la poesía escrita por mujeres, y no hablo de Sylvia Plath, ni de Alejandra Pizarnik, me refiero a Emily Dickinson. De todas las poetas, Dickinson es quizá la más críptica, rara y enigmática. Su poesía aparentemente ‘antigua’ se nos presenta de nuevo como algo moderno, algo de nuestro tiempo. Un conjunto de notas respaldantes que brillan de cuando en cuando, como pequeñas confesiones íntimas que de pronto se vuelven universales y que llegan a nosotros con una dureza, a la vez que una suavidad inquietantes. Imagino que este libro ha sido toda una aventura a la hora de editarlo. Desde la editorial Amargord han sabido superar el reto... si bien es cierto que a veces se echaba de menos algo de precisión por parte de la traducción, notas a pie, o incluso –y sólo es una idea para la posible segunda edición–, una tapa dura que guardara mejor todas las maravillas que el libro contiene. Porque, recordemos, Emily Dickinson es una de las grandes musas, o mejor, de las grandes diosas de la literatura. Esas que hoy se nos aparecen completas. Esas que, hoy, precisan lo mejor. **Luna Miguel**



“Tierra”
David Vann
MONDADORI

Hasta el momento, las cicatrices de David Vann se habían plasmado literariamente sobre la geografía de la Alaska insular: Sukkwan fue donde su padre se voló la tapa de los sesos; Caribou, donde la madre de su madrastra asesinó a su marido y se suicidó. El escenario de “Tierra”, pues, no podría ser más diverso: el tórrido Valle Central californiano. Y, aún así, los surcos que atraviesan su quemada superficie vuelven a antojársenos heridas abiertas; si no sangrientas, supurantes. Hay realidad de fondo: al igual que Galen, su ‘héroe’, Vann fue en los 80 seguidor de la espiritualidad New Age, tal y como lleva a día de hoy varios años sin hablarse con su madre. Ahí, el desencuentro que preside la novela, con una doble herencia familiar (pecuniaria por un lado, traumática por el otro) y una prima adolescente cuya sexualidad explosiva prenderá la mecha de la tragedia. Los ingredientes no ofrecen respiro y su puesta en escena, menos. Frente a la dispersión que afectaba a “Caribou” (el mismo escritor confesó que hasta la página 100 no supo quién era el protagonista del relato), “Tierra” regresa a los parámetros de “Sukkwan”: un único personaje principal zarandeado por su circunstancia, abocado a un desastre que el paisaje a su alrededor no hace más que amplificar. Y el libro vuelve a doler, se nos clava de nuevo en toda su sincera desnudez, deja el peso de la experiencia a la que no queremos renunciar, pero que tampoco deseamos repetir. Hasta el próximo Vann, claro. **Milo J. Krmpotic**



“El Condotiero”
Georges Perec
ANAGRAMA

Anagrama publica la primera novela de Georges Perec, escrita entre 1957 y 1960, e inédita hasta ahora tras darse por desaparecida. En “El Condotiero”, Gaspard Winckler, de profesión falsario, es el protagonista absoluto de la función. El punto de partida es un asesinato, como en una novela negra; sus primeras 70 páginas son un monólogo interior enmarañado de ritmo desconcertante, pero que, al contextualizarse la historia, acaba cobrando sentido. Winckler nos cuenta como, tras una larga temporada como falsificador, intenta ir más allá con la copia de un lienzo, “El Condotiero” de Antonello de Messina, y es ahí cuando su existencia empieza a derrumbarse. El método habitual falla y el afán perfeccionista del falsificador choca con el del creador. Retrato de la historia de un fracaso, que por un lado elude al problema de la copia artística, y por otro carga las tintas en el nihilismo existencial. Previa a la transgresión formal con la que experimentaría más tarde y que se convertiría en leitmotiv de su obra literaria, recuperarla ahora nos desvela sus primeros pasos como autor. En el excelente prólogo descubrimos como Perec volcó todas sus energías en esta obra para verse reconocido como escritor, obteniendo el rechazo de las editoriales como respuesta. Un ejercicio primerizo en el que se pueden rastrear sus obsesiones posteriores, y que sirve como primera toma de contacto con un personaje que recuperaría en novelas como “La vida instrucciones de uso” y “W o el recuerdo de la infancia”. **Álex Gil**